

## LOS GIPOGERÁNIDOS — GYPOGERANI

La familia de los gipogeránidos, basada en uno de los mas curiosos géneros de rapaces, no ocupa todavía un lugar bastante fijo en los métodos; pero los mas de los naturalistas la colocan junto á la de los polibóridos.

**CARACTÉRES.**—Estas aves se caracterizan esencialmente por tener espolones romos en las alas; por su cola escalonada y tarsos muy prolongados, y por su pulgar notablemente sobrepuesto. La familia está representada por un género único.

## LOS SERPENTARIOS — GYPOGERANUS

**CARACTÉRES.**—Los serpentarios tienen las alas largas, truncadas en ángulo recto, con las cinco primeras pennas de igual longitud; en su articulación radio-carpiana hay una apófisis huesosa en forma de espolon romo; la cola es muy larga y cónica; las dos pennas medias sobresalen mucho de las otras; los tarsos son excesivamente prolongados; los dedos cortos; las uñas poco corvas, de un largo regular y romas, pero fuertes; el cuello largo; la cabeza pequeña y ancha, y la frente un poco plana. El pico, mas corto que la cabeza, es fuerte, grueso, encorvado desde su base, convexo lateralmente, comprimido hácia la punta, terminado por un gancho muy agudo con bordes rectos y cortantes, sin dientes ni escotaduras. La cera se extiende por un lado casi hasta el centro de la mandíbula superior, y por el otro hasta debajo del ojo. Las plumas son grandes y abundantes; adorna el occipucio un moño compuesto de doce de aquellas, que el ave suele tener caídas, pudiendo levantarlas á su antojo.

## EL SERPENTARIO REPTILÍVORO — GYPOGERANUS REPTILIVORUS

Esta rapaz se ha designado también con los nombres de *sagitario* y *secretario*, cuya segunda denominación se le dió á causa de su moño, que se ha comparado con la pluma que lleva el secretario en la oreja. Los nombres que le han dado los árabes son mas poéticos, pero mas inverosímiles aun: en el Sudan oriental se le llama *caballo del diablo*, y en el este, *ave de la fortuna*. Cada indígena tiene alguna historia que referir acerca de la rapaz; pero todas son del dominio de la fábula, y no tienen importancia alguna para el naturalista. Jamás he podido explicarme qué tendría que ver el ave con el destino, cosa tan importante para todo mahometano; y ni aun en las leyendas he hallado cosa alguna que me lo dé á entender.

**CARACTÉRES.**—El macho adulto (fig. 146) tiene la parte superior de la cabeza negra, lo mismo que el moño, la nuca, las rémiges y las rectrices, excepto las dos medias, que tienen las extremidades blancas; el vientre está listado de negro y gris claro; las nalgas de negro y pardo; las dos pennas caudales medias son de un gris azul, con el extremo blanco y manchadas de negro, las cobijas inferiores de la cola de un pardo rojo claro. El ojo es pardo agrisado; el pico de color de cuerno oscuro, y negro en la punta; la cera de un amarillo oscuro, y los tarsos de un tinte naranja.

La hembra y los pequeños difieren del macho por tener el moño mas corto y las pennas caudales menos largas; el plumaje es mas claro; las nalgas listadas de pardo y blanco, y el vientre de este último color.

El macho tiene de 1<sup>m</sup>.12 á 1<sup>m</sup>.18 de largo; el ala mide 0<sup>m</sup>.66 y los tarsos mas de 0<sup>m</sup>.30: la hembra es algo mas grande que el macho.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El serpentario está distribuido en una gran parte del África: se le encuentra desde el Cabo hasta el 15° de latitud boreal, y desde las costas del mar Rojo hasta las del Senegal; se le vé también en las Filipinas, aunque probablemente no es originario de allí y está solo aclimatado. Los serpentarios del norte de África son mas pequeños que los del sur, y por lo tanto se les podría considerar como pertenecientes á dos especies distintas.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Las formas singulares de esta rapaz podrian hacer presumir desde luego que ha nacido para habitar en los vastos dominios del África central. Un ave constituida de tal modo debe pasar su vida en tierra: evita los bosques y las montañas, y caza sobre todo los animales terrestres. Sus largos tarsos son característicos, y sabe hacer de ellos muy buen uso. Ninguna rapaz corre tan bien como ella: con el cuerpo levantado anda varias leguas sin cansarse; cuando caza ó huye le inclina;

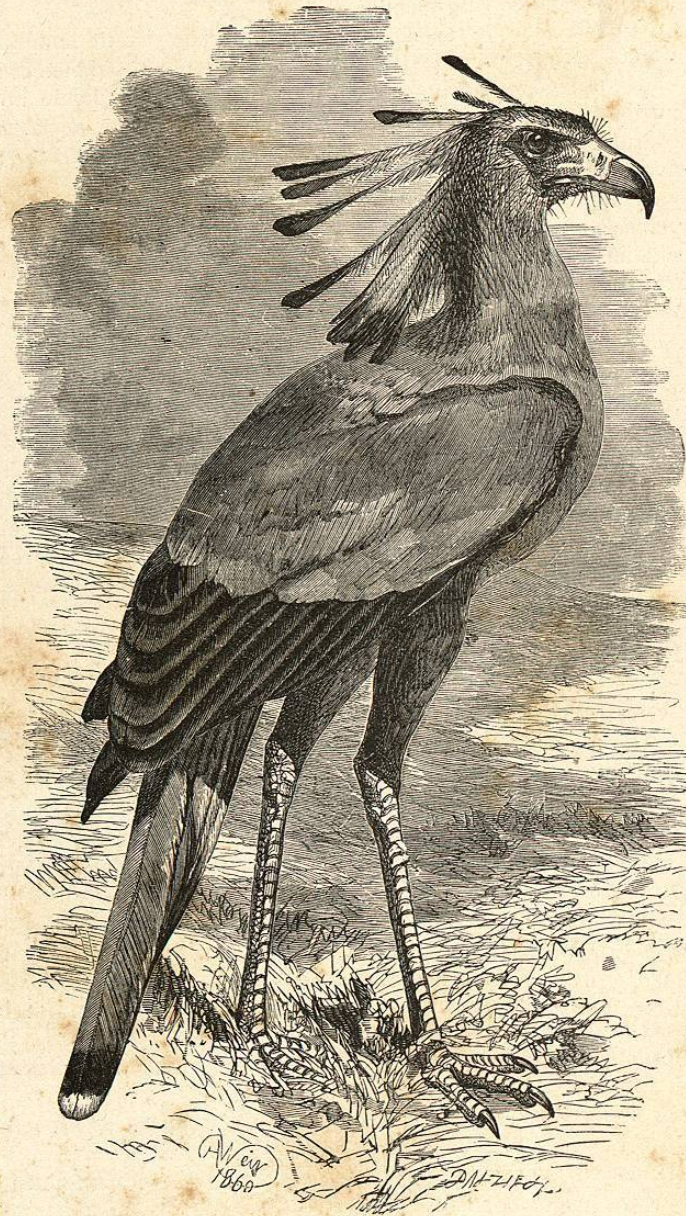


Fig. 146.—EL SERPENTARIO REPTILÍVORO

corre casi con tanta lijereza como una avutarda, y no le gusta servirse de sus alas. Antes de emprender su vuelo toma su impulso, y parece que le cuesta trabajo remontarse; pero una vez llegada á cierta altura se cierne largo tiempo sin dar un solo aletazo. Á semejanza de la cigüeña, extiende sus patas hácia atrás y el cuello hácia adelante; siendo su aspecto entonces tan característico, que no se puede confundir con ninguna otra rapaz.

Todos los observadores están acordes en que los serpentarios viven por parejas y que cada una habita un dominio bastante extenso. Esta ave no es muy comun, aunque se la encuentra por todas partes, si bien ofrece bastante dificultad descubrirla. Á veces

caza horas enteras en la espesura de las altas yerbas que cubren las estepas y la ocultan á las miradas; y de pronto se levanta ante el hombre, que no podía sospechar su presencia. Cuando está harta de comer se dirige á un lugar descubierto y permanece inmóvil en el mismo sitio, haciendo la digestion. No deja por esto de vigilar continuamente; está siempre en guardia ante el hombre, y en cada viajero vé un enemigo de quien debe huir.

En ciertas circunstancias se reúnen los serpentarios en gran número: cuando antes de la estación de las lluvias se prende fuego á las yerbas secas, y cuando el incendio se corre por una extensión de varias millas, ahuyentando á todos los animales de las estepas, acuden los serpentarios y lo cazan todo, siguiendo la línea de fuego.

Esta rapaz se alimenta principalmente de reptiles; pero no desprecia los otros vertebrados; en ciertas épocas apenas se nutre mas que de los primeros. Su voracidad es increíble; nunca está satisfecha. «Uno de los comedores de serpientes que yo maté, dice Le Vaillant, y que era un macho, tenía en su buche veinte y una pequeñas tortugas enteras, algunas de las cuales median cerca de dos pulgadas de diámetro; hallé además once lagartos de siete á ocho pulgadas de largo, y tres serpientes, de la longitud del brazo y una pulgada de grueso. Además de estos animales ví también una multitud de langostas y otros insectos, varios de ellos intactos. Las serpientes, los lagartos y las tortugas, tenían todas un agujero en la cabeza: descubrí asimismo en el ancho estómago del ave una bola del tamaño de un huevo, compuesta de vértebras de dichos reptiles, escamas de tortugas, alas y patas de langosta y restos de varios escarabajos. Esta ave expele por el pico todos los despojos, como lo hacen otras varias rapaces.» Heuglin cree también que extermina mas mamíferos que reptiles; pero otros naturalistas opinan lo contrario.

En las épocas mas remotas se celebraban las luchas del serpentario. «Osa acometer, añade Le Vaillant, á un enemigo tan temible como la serpiente; si huye, la persigue; y diríase que vuela rasando la tierra. No extiende, sin embargo, sus alas para facilitar la carrera, como se ha dicho del avestruz, sino que las reserva para el combate, empleándolas entonces como armas ofensivas y defensivas. Sorprendido el reptil, si está lejos de su agujero, detiéndose, endereza su cuerpo, y trata de intimidar al ave dilatando extraordinariamente la cabeza y produciendo un agudo silbido. En aquel instante es cuando la rapaz despliega una de sus alas, á guisa de escudo y cubre con ella las piernas y la parte inferior del cuerpo. Acometida la serpiente, se lanza furiosa; el ave salta, descarga un golpe, retrocede, gira en todos sentidos, de una manera verdaderamente cómica para el espectador, y vuelve al ataque, presentando siempre al diente venenoso de su adversario el extremo de su ala defensiva. Mientras que la serpiente agota inútilmente su veneno, mordiendo las pennas insensibles de la rapaz, esta le descarga con la otra ala vigorosos golpes, cuya fuerza aumentan las prominencias y durezas de que antes hablé.

»Aturdido al fin el reptil por algun aletazo, vacila y rueda por el polvo; el serpentario le coje con destreza y le lanza por los aires varias veces, hasta que sin fuerzas ya, le destroza el cráneo á picotazos, y se traga el cuerpo entero, si no es demasiado grueso, en cuyo caso le despedaza sujetándole entre sus garras.»

Drayson asegura que se vé al serpentario cazar también su presa volando. «Una de estas rapaces, dice, se cierne á unos sesenta metros sobre el suelo; de pronto se detiene, baja, corre contra la presa que ha visto y acométela sin vacilar.» Lo que dice Drayson confirma plenamente cuanto nos ha referido Le Vaillant.

Heuglin ha visto á un serpentario partir de un solo golpe de garra la concha de una tortuga del desierto; y es probable que proceda lo mismo con las serpientes. Algunos autores antiguos refieren que la rapaz arrebató por los aires á dichos reptiles para dejarlos caer y que se hagan pedazos al tocar en tierra; los últimos viajeros no han visto nada de esto; pero el hecho no es inverosímil, por cuanto sabemos que otras rapaces apelan al mismo ardid.

Aun no está suficientemente demostrado si la rapaz sucumbe á la mordedura de una serpiente venenosa ó si es refractaria: de todos modos, el hecho es que se traga los reptiles con sus dientes venenosos, exponiéndose sin temor alguno á una peligrosa herida.

Varios autores han hablado, y todos en el mismo sentido, acerca del modo de reproducirse el serpentario; pero á Le Vaillant y á J. Verreaux es á quienes debemos los detalles mas precisos. En

junio ó julio empeñan los machos encarnizadas luchas para disputarse la hembra; esta se rinde al vencedor, y ambos comienzan á construir su nido desde luego. Suelen situarle casi siempre en lo alto de un espeso árbol, generalmente de una mimosa; el fondo se compone de ramas, enlazadas con barro; la excavación es poco profunda, y está cubierta de plumas y de otras sustancias blandas. El mismo nido sirve para varios años; reconócese su edad por el número de capas de que se compone, pues el ave añade una cada año. Sucede á menudo que vejetan las ramas que forman el armarzon, y rodean entonces el nido completamente: todas las tardes vuelven á él macho y hembra para pasar la noche. En agosto pone la segunda dos huevos, rara vez tres, de forma redondeada y del volúmen de los de una oca, enteramente blancos ó sembrados de algunos puntos rojos. Despues de una incubación de seis semanas salen los hijuelos á luz, y son muy imperfectos durante largo tiempo; tienen las patas muy endebles, y hasta los seis meses no comienzan á volar: antes de este plazo no pueden tampoco correr.

**CAZA.**—La del serpentario ofrece sus dificultades: cuesta mucho descubrir al ave, y mucho mas aun apoderarse de ella. Heuglin dice que se le persigue á caballo y se la coje á la carrera; yo no he oído nunca contar nada semejante; y pondría el hecho en duda si no añadiese el citado naturalista, que él mismo ha practicado esta caza, apoderándose de seis serpentarios en dos dias. Todos los individuos de la especie, que yo he tenido ocasion de ver libres, eran sumamente tímidos, y emprendían su vuelo antes de que se pensara en perseguirlos.

**CAUTIVIDAD.**—Cuando se cojen pequeñas y se cuidan bien se domestican muy pronto estas aves; se las puede tener en un corral, donde viven en buena inteligencia con las gallinas, aunque á condicion de darles el suficiente alimento, pues de lo contrario, devoran sin escrúpulo algun polluelo. Dícese que en los corrales prestan los mismos servicios que las grullas; que restablecen la paz entre las demás aves, y que si dos gallos riñen, acuden al instante y los separan á picotazos. Cazan las ratas; exterminan las serpientes que se deslizan en los corrales; por todos cuyos motivos es muy apreciado el serpentario en el Cabo de Buena Esperanza. Es muy raro encontrar algun individuo en los jardines zoológicos de Europa; yo no he visto hasta aqui mas que uno en el de Amsterdam, donde hace varios años excita la admiración de todos los concurrentes: no es difícil de alimentar, y le sienta muy bien el régimen ordinario de las rapaces.

En el Cabo está prohibido bajo las penas mas severas matar á un serpentario: se ha querido aclimatarle en la Martinica, á fin de exterminar las serpientes de hierro de lanza, verdadera calamidad en aquella isla; pero segun parece no han dado buen resultado los esfuerzos hechos, ó por lo menos, yo no he oído decir nada sobre el particular.

## 2.º LOS VULTÚRIDOS — Vulturina

Los vultúridos constituyen el segundo sub-orden de las rapaces: ya he dicho antes qué razones me han inducido á colocarlos despues de los falcónidos y antes de los estrígidos; pues aunque son las rapaces mas innobles, sus sentidos están mas armónicamente desarrollados.

**CARACTÉRES.**—Estas rapaces son las mayores de todas; las mas pequeñas de ellas alcanzan el tamaño del águila. Tienen el pico sólido; garras endebles; alas grandes y cola mediana; las plumas son largas y grandes también; algunas partes del cuerpo carecen de ellas por lo regular, y nunca cubren los tarsos hasta los dedos.

El cuerpo es macizo, casi pesado; el pecho muy ancho, y el cuello en extremo largo, comparativamente con el de otras aves de rapina; la cabeza grande ó pequeña; el pico tan prolongado como la cabeza, por lo menos, y á menudo mas largo, recto en su base, ganchudo tan solo en la extremidad de la mandíbula superior, mas alto que ancho, de bordes muy cortantes, sin dientes, y con la base cubierta de una membrana en la tercera parte de su extensión, ó aun en la mitad algunas veces. Algunas especies tienen el pico cubierto de prominencias cutáneas en forma de cresta.

Las alas son sumamente grandes, anchas y redondeadas, con la cuarta rémige mas larga, y excepcionalmente la segunda. La cola es de un largo regular, redondeada, y compuesta de catorce pennas erectiles, rara vez de doce; los tarsos son gruesos; los dedos endebles; las uñas cortas, poco corvas y romas: el ave no puede servirse de sus garras como armas ofensivas.



En cuanto á los órganos internos, los vultúridos ofrecen la misma conformación que los falcónidos, aunque algunos tienen mayor número de vértebras cervicales; las coxígeas son mas anchas; la quilla menos prominente; los húmeros mas largos que en los falcónidos; el esófago tiene un buche voluminoso que cuando se llena de alimento forma en el cuello una protuberancia notable.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.** — Tenemos á los vultúridos por aves innobles, porque no las consideramos mas que bajo un punto de vista; pero no se les puede aplicar semejante calificativo en absoluto; antes por el contrario, debemos mirarlos como muy superiores en ciertos conceptos: tienen el paso cachazudo; llevan las alas separadas, y rara vez está ordenado su plumaje; su marcha ciertamente no es graciosa; pero en cambio andan fácilmente, mucho mejor que los mas de los falcónidos, y paso á paso sin saltar. Si tienen el vuelo lento, y no rápido como el del halcón, es no obstante muy sostenido, y puede el ave dominar el viento.

Sus sentidos alcanzan tanto desarrollo como los de las otras rapaces; por lo que hace á la vista, sobre todo, nada tienen que envidiar al águila ni al halcón, pues vuelan á una distancia que no podemos apreciar nosotros sin hacer uso de nuestros mas poderosos instrumentos. Su oído es bueno; el olfato mas sutil que el de las otras rapaces, aunque no tanto como se ha supuesto; el gusto bastante bueno; sin poderles negar el tacto. Su inteligencia es en cambio mediana: por tal concepto se hallan muy por debajo de los águilas y de los falcónidos, y hasta de los estrígidos, las mas estúpidas de todas las rapaces. Son miedosos, y rara vez prudentes; pendenciosos y coléricos, pero poco audaces y nada valerosos; sociables y no pacíficos; malignos y cobardes; y su inteligencia no raya ni siquiera hasta la astucia. Aprenden poco á poco á conocer á las gentes y á los animales que les pueden hacer daño, y con frecuencia los distinguen de aquellos de que no deben temer nada. Rara vez profesan afecto á otros seres; en todo son rudos y estúpidos, y se nota en ellos una curiosa obstinación en ejecutar lo que han proyectado. Los tachamos de perezosos porque los vemos permanecer horas enteras inmóviles en el mismo sitio; pero deberíamos reconocerles la cualidad opuesta cuando pasan casi todo un día volando por los aires. En su manera de vivir se observa una mezcla de las facultades mas diversas y contradictorias al parecer; inclínase uno á mirarlos como aves calmosas y pacíficas; mientras que si se observa con atención, aparecen como las mas violentas de todas las rapaces.

Solo cuando se sabe cuál es el régimen de los vultúridos se puede llegar á conocerlos: la palabra *rapas* pierde su significado en ellos, pues son muy pocos, y aun estos excepcionalmente, los que acometen á los animales vivos, observándose que lo hacen de una manera especial. Por lo regular se contentan con lo que la casualidad les proporciona; se hartan con los cadáveres que encuentran; como men las inundancias que descubren, y para esto no necesitan mucha inteligencia, pues les basta la vista. Sin embargo, no siempre les favorece la casualidad; algunas veces se hallan expuestos á padecer hambre, y hé aquí por qué al encontrar una presa procuran compensar sus días de ayuno, preparándose para el porvenir.

Las aves que se alimentan de este modo no pueden vivir sino en la zona tropical, ó cuando mas en la templada, pues en los países glaciales, cada sér se vé obligado á cazar su presa. La naturaleza del sur es generosa, y proporciona tanto á los vultúridos, que no han de inquietarse mucho para satisfacer sus necesidades.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.** — Los vultúridos habitan todos los países del globo, excepto la Nueva Holanda: el antiguo continente es mas rico en especies que el nuevo; cada una de estas tiene un área de dispersion menos limitada. Algunas son casi tan numerosas en Europa como en Asia y en África.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.** — Encuéntrense los vultúridos en todas las localidades, lo mismo en las llanuras mas cálidas, abrasadas por el sol de los trópicos, que en los altos picos de las montañas mas elevadas. Entre todas las aves son las que mas se remontan por los aires; estando además organizados para soportar las variaciones mas considerables de presión atmosférica. Solo algunas especies parecen confinadas á ciertas localidades; así es que no vemos á unas mas que en las montañas, al paso que otras solo se encuentran en la llanura.

No se puede asignar á los vultúridos una residencia propiamente dicha: su régimen les obliga á franquear espacios considerables, y pueden hacerlo con el auxilio de sus enormes alas.

Solo en la época del celo les retienen en el mismo punto los deberes de la reproducción y el cuidado de las crias; viajan todo el resto del año, y puede decirse que se hallan á la vez en todas partes y en ninguna. Aparecen repentinamente, y en gran número, en un país donde durante mucho tiempo no se habia visto un solo individuo, y desaparecen luego sin dejar rastro ni vestigio de su procedencia. Los que viven en las montañas tienen al parecer una residencia mas fija, pues se les vé en los mismos parajes, aun después del período del celo. Solo algunos evitan la vecindad del hombre; otros se fijan en los lugares habitados, donde encuentran su cotidiano alimento mas fácilmente que en las regiones desiertas. En todas las ciudades del África y del sur de Asia hay vultúridos; otro tanto sucede en la América del sur.

Á los vultúridos se les debe ver sobre todo cuando trabajan; solo entonces, y hablo por experiencia personal, se manifiestan realmente tal como son.

Sucumbe un camello en los confines del desierto, rendido de las fatigas del viaje, y agotadas sus fuerzas por los ardores del simoun; el camellero despoja de su carga al pobre animal que no debe volver á ver las fértiles márgenes del Nilo, y continúa la marcha con sus compañeros, abandonando el cuerpo, porque su religion le prohíbe tocarle.

Al dia siguiente el cadáver se halla todavía intacto sobre la arena que le ha servido de lecho de muerte, dado caso que no haya llegado alguna hiena de los alrededores; la descomposición comienza su obra, y á primera hora de la mañana, aparece un cuervo en la colina próxima. Desde lejos divisa aquel rico pasto; lanza un grito, acérbase al cadáver y le contempla largo tiempo. Otros cuervos le imitan, y reúnen en gran número, seguidos de diversas rapaces, que acuden luego al sitio. No tardan en dejarse ver el milano parásito y el pernoptero, trazando sus círculos en los aires; acérbase una águila, y varios marabús vuelan por todas partes describiendo espirales extensas sobre la presa codiciada.

Pero la gran dificultad es comenzar: las primeras aves que han llegado hacen inútiles esfuerzos para desgarrar la piel del animal, demasiado dura para sus débiles fuerzas; y lo mas que consigue algun pernoptero es sacar uno de los ojos de su órbita. Llega por fin la hora de las diez: aquel es el momento en que se despiertan los grandes vultúridos, y van abandonando uno tras otro el sitio donde han pasado la noche; costean la montaña, sin encontrar cosa alguna y remóntanse por los aires á una prodijiosa elevación, trazando sus círculos, y siguiéndose unos á otros con la vista. Si el uno desciende ó sube, imítanle los demás, dirigiéndose con él hacia el mismo lado. Á cierta altura descubren un horizonte inmenso, pues su vista es tan penetrante, que nada se les escapa: á lo lejos divisa el buitre varias aves que se apiñan en un mismo punto, y ya comprende que allí puede tomar parte en algun festín: baja rápidamente un centenar de metros, é inspecciona mejor los lugares. De pronto cierra las alas; fiándose solo en su pesadez, déjase caer desde una altura inmensa y se despedazaria contra el suelo si no abriera oportunamente las alas para disminuir el impulso y cambiar de dirección. Al llegar cerca de tierra, los vultúridos mas pesados extienden sus patas, mientras que los de largo cuello y cuerpo mas ligero, suben y bajan oblicuamente con tanta rapidez como el halcón. En aquel momento no parecen las aves perezosas ni torpes, y despliegan una habilidad de que no se las creeria capaces.

Apenas dá uno de ellos el ejemplo, sigúenle todos los demás sin vacilar, porque saben que les espera una buena pitanza, y acuden por todos lados. Á cada momento se oye á un individuo posarse con gran ruido, y en distintas direcciones se ven aparecer los vultúridos, que un minuto antes se divisaban apenas como un punto negro en las altas regiones. Nada puede ya contenerlos; ya no reconocen el peligro, ni aun la presencia del cazador podría atemorizarlos. Llegados á tierra, corren con el cuello tendido, la cola levantada y las alas entreabiertas, precipitándose sin vacilar sobre el cadáver.

Las aves mas débiles les abren paso; pero con las de igual fuerza comienza entonces una serie de luchas: el tumulto, los gritos y las contiendas que se promueven en aquel momento son indescribibles, y se necesita verlo para formarse una idea de lo que es.

Dos ó tres picotazos han bastado para desgarrar la piel: las especies de pico sólido se precipitan entonces sobre los músculos, mientras que las mas débiles introducen cuanto pueden su largo cuello para sacar los intestinos. Empújense y se rechazan mútua-

mente con rabia: el hígado y los pulmones son devorados en el acto; los intestinos están ya fuera, y es preciso que la rapaz sostenga rudas peleas antes de llevarse un pedazo. Otras aves se van presentando continuamente para reclamar su parte, y á cada momento se renuevan las luchas y el tumulto acrece, alejándose aun de mala gana los que ya están hartos. Las rapaces mas débiles se mantienen á cierta distancia, pero dispuestas á lanzarse á la primera oportunidad para cojer algun pedazo. Sobre ellas se ciernen las águilas y los milanos, que caen pronto en medio de los combatientes, arrebatándoles un trozo de carne, con el cual desaparecen antes que los vultúridos hayan tenido tiempo de castigar su temeridad.

En pocos minutos queda completamente devorado un pequeño mamífero, y tratándose de un buey ó un camello, tampoco tienen mas que para una sola comida. Aun después de hartas, no emprenden su vuelo gustosas las rapaces innobles; diríase que les enoja que su estómago no pueda contener sino tres ó cuatro libras de carne.

Estos banquetes de vultúridos no se verifican siempre del mismo modo; pues ya en el mediodia de Europa y en toda el África, llegan á reclamar su parte en el festín otros animales hambrientos. En casi todos los países del sur no se alimentan los perros mas que de restos putrefactos; en el África central, los marabús, esas grandes zancudas de pico vigoroso, exigen tambien que se comparta con ellos la presa, y los buitres han de sostener rudas luchas; pero como el hambre les aguñonea, conviértense en adversarios temibles. Inútil es que los perros gruñan y enseñen los dientes, pues á pesar de todo, les obligan á emprender la fuga, y nada pueden apenas contra las atrevidas rapaces; solo consiguen alcanzar con sus dientes alguna vez el extremo del ala de su enemigo, mientras que el ave les ocasiona una profunda herida á cada picotazo. No sucede lo mismo con los marabús, los cuales no se dejan ahuyentar por los vultúridos; luchan además con armas iguales, y saben hacerse lugar, distribuyendo á derecha é izquierda vigorosos picotazos.

En ciertos casos les cuesta mucho á los vultúridos asegurarse el alimento: en una comunicacion verbal del profesor Behn, documento confirmado por Jerdon, los vultúridos son en las Indias una especie de sepultureros. El indio demasiado pobre para costear una pira, se contenta con extender el cadáver de uno de los suyos sobre una capa de paja, á la cual prende fuego, á fin de que el difunto no quede privado de la llama purificadora; hecho esto, le arroja á las aguas sagradas del Ganges. Á medida que el cuerpo se descompone, sube á la superficie de la corriente, y no tarda en llegar un buitre; con las alas tendidas, la rapaz procura mantener el equilibrio y comienza á devorar aquellos restos mortales. Dice Behn que con frecuencia se sirve de sus alas como de una vela para empujar el cadáver hacia un banco de arena y comer mas cómodamente; pero entonces llegan otros vultúridos á reclamar su parte, y los marabús se presentan á exigir su racion.

Aun cuando no se suele ver mas que un solo vultúrido sobre un cadáver arrastrado por las aguas, es probable que varios individuos traten de apoderarse de la misma presa. Jerdon vió una vez en medio del Ganges un buitre que habia sido ahuyentado sin duda de un cadáver, y que batiendo las alas trataba de ganar la orilla.

Cuando les aqueja el hambre, los vultúridos osan acometer algunas veces á los animales vivos, sobre todo los que están enfermos, por mas que no sean *rapaces* en la verdadera acepción de la palabra. Ni aun se puede considerar como tal el gipaeo, que es el mas noble de ellos, por mucho que digan las historias referidas acerca de él: cuando no tiene mucha hambre, tampoco se alimenta mas que de restos putrefactos. Todos los vultúridos parecen preferir á cualquier otro cadáver el del mamífero, mas no desprecian por eso los de las aves y reptiles: yo los he visto devorar un crocodilo; tambien comen peces.

Las pequeñas especies son mas sóbrias que las grandes: parece que algunas pueden abstenerse de comer carne, al menos durante algun tiempo, alimentándose de los excrementos del hombre, ó del de los animales y de los insectos.

Terminada la comida, los vultúridos no se alejan de buena gana del sitio, segun hemos dicho antes; permanecen en los alrededores para hacer la digestion, y mas tarde apagan la sed. Beben mucho y les gusta bañarse; y á fé que ninguna ave lo necesita tanto como ellos, porque después de cada comida quedan tan sucios que inspiran asco. Apenas limpios, entréganse al reposo; para ello apóyanse

sobre sus patas, con las alas extendidas para calentarse al sol, ó bien se echan sobre la arena como las zancudas y los palmípedos. Hasta la tarde no vuelven al sitio donde pasan la noche.

Cuando se asusta súbitamente á un vultúrido poco después de comer, acostumbra á vomitar una parte de lo que ha devorado antes de emprender su vuelo; lo propio hace cuando está herido. He observado con frecuencia este hecho en buitres cautivos, y he visto además que volvan á comer lo que habian devuelto.

En el momento de remontarse dan los vultúridos varios saltos muy seguidos, y algunos aletazos; cuando llegan á cierta altura se mueven casi sin agitar las alas; limitándose á cambiar la inclinación, ya subiendo ó bajando en dirección del viento. Llegan sin esfuerzos aparentes á unas alturas prodijiosas; vuelan largo tiempo, y recorren de una vez trayectos de varias leguas, con mucha rapidez y sin fatigarse.

Pasan la noche en los árboles ó en cintos de roca, segun las especies.

Creíase en otro tiempo que los vultúridos se guiaban principalmente por el olfato; pero las observaciones de muchos naturalistas, confirmadas por mí, demuestran todo lo contrario. Un cadáver en completa descomposición, cuyo olor infecto se extiende á cierta distancia, atrae á los vultúridos; este es un hecho que no se puede negar, pero el caso no es comun. Creíase que estas rapaces percibian el olor del moribundo; mas Le Vaillant ha observado, y yo lo reconoci después de él, que los buitres acuden á los cadáveres frescos, que no exhalan todavía olor alguno. Yo los he visto llegar en todas direcciones, cualquiera que fuese el viento que soplase, y observé asimismo, lo mismo que Le Vaillant, que no aparécian junto á unos restos ocultos, sino cuando habian sido descubiertos y señalados por los cuervos. Creo, pues, poder afirmar que la vista es el sentido mas perfecto de estas rapaces, y que siempre se guían por ella.

Los vultúridos se reproducen al principio de la primavera en todos los países donde habitan: únicamente las especies raras anidan solas; las otras forman sociedad. Unas sitúan su nido en los árboles, otras entre las rocas, y varias en tierra; las hay tambien que soportan la presencia de aves extrañas en sus colonias, como por ejemplo, de la cigüeña.

Cuando los vultúridos anidan en los árboles, su nido es enorme; pero no difiere del de las otras rapaces. El armazon se compone de ramas fuertes, del grueso del brazo, á las que siguen otras mas pequeñas, formándose la excavacion de ramaje y raíces; el interior suele estar relleno de pelos: cuando el nido se apoya en las rocas ó en tierra apenas se le puede dar el nombre de tal.

En todos aquellos puntos donde son perseguidas estas rapaces, no se fijan sino en las rocas ó árboles inaccesibles; pero no hacen lo mismo en los parajes en que se creen seguras. En el interior de África, por ejemplo, se encuentran á menudo sus nidos en árboles muy bajos ó en verdaderos matorrales.

Los huevos, cuyo número es de dos ó tres en cada puesta, tienen generalmente la forma oval, cáscara rugosa, y fondo gris ó amarillento, con manchas, puntos y rayas de un tinte oscuro. Es probable que el macho y la hembra los cubran alternativamente, ó por lo menos esto es lo que sucede con ciertas especies: no se sabe aun á punto fijo cuánto dura la incubacion.

Los hijuelos nacen completamente cubiertos de un plumon mas ó menos espeso: durante largo tiempo no pueden satisfacer sus necesidades por sí mismos, y solo al cabo de algunos meses comienzan á volar.

Los padres se muestran muy cariñosos con su progénie, y la defienden en caso de peligro, mas no contra el hombre. Al principio reciben los hijuelos sus alimentos descompuestos y á medio digerir; mas tarde se les dá una comida mas sólida; pero es difícil satisfacerlos, porque siempre es mayor el hambre que los domina. Aun después de volar necesitan durante algunas semanas los cuidados del padre y la madre: bien pronto, sin embargo, aprenden á bastarse á sí mismos, y entonces se revelan todos los instintos de su raza.

Los vultúridos tienen numerosos rivales, pero pocos enemigos: los parásitos los atormentan; las águilas, los halcones y las cornejas les persiguen é inquietan sin cesar, y los perros y los marabús les disputan el alimento. El hombre reconoce los servicios que le prestan, y no les dá caza sino cuando se permiten acometer á los rebaños, en vez de contribuir á la desaparición de los cadáveres. El